

## SOBRE EL VALOR HISTÓRICO ATRIBUIBLE AL CONTENIDO DE *ORA MARITIMA*: LAS CITAS DE LOS IBEROS Y DE OTROS PUEBLOS, COMO PARADIGMA

F. J. González Ponce  
Universidad de Extremadura

---

### ABSTRACT

*Once the theory of the base-Periplus is rejected and one approaches Avienus with an eye to his literary context, it must be concluded that Avienus' tendency to archaism is a aesthetical device. This stylistic feature makes the poem more a literary output than a historical document. References to peoples are a good proof of it.*

---

Una de las impresiones más fuertes que recibe el lector de *Ora maritima* es, sin duda, la excesiva distancia existente entre la realidad vigente en la época de su autor y el mundo al que éste alude en el poema: si en su descripción geográfica Avieno, en ocasiones, se ciñe a los datos de su propia época, como refleja la cita de Barcelona en v. 520 y de Masilia en v. 704<sup>1</sup>, la tónica general es el arcaísmo. De este modo, la obra puede considerarse con justicia una pieza única dentro del conjunto de la literatura grecolatina en lo que se refiere a la conservación y transmisión a la posteridad de nombres extraños, remotos, desconocidos<sup>2</sup>.

Esta excesiva presencia de nombres y realidades arcaicos en *Ora maritima* es interpretada por los defensores de la teoría tradicional, encabezados por A. Schulten, como una de las pruebas más fehacientes de la antigüedad de la fuente que sirvió de base a Avieno (para ellos un *Periplo* del siglo VI aC)<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Sobre las partes del poema que hacen referencia a la propia época del autor cf. GONZÁLEZ PONCE, F.J., *Avieno y el Periplus* (Écija, Ed. Gráficos Sol [en prensa]), pp. 81-88.

<sup>2</sup> En lo que a nombres de pueblos se refiere, los *hápax*, que parecen apuntar a denominaciones indígenas, si bien algunos han sido helenizados, llegan a constituir un numeroso *corpus*. Se habla así de hiernos (v. 111), albiones (v. 112), draganos (v. 197), sefes (vv. 195 y 199), cilbicianos (vv. 255, 303 y 422), etmaneos (v. 300), ileatas (v. 302), clahilcos y daliternos (v. 675), leménicos (v. 676) y nearcos (v. 700).

<sup>3</sup> SCHULTEN, A., *Avieno. Ora Maritima (Periplo Massaliota del s. VI a. de J.C.) junto con los demás testimonios anteriores al año 500 a. de J.C.* (Barcelona, 1955<sup>2</sup>), se muestra bastante explícito a la hora de exponer tales ideas: «muestran que el autor vivió en el siglo VI la estrecha

Ahora bien, atendiendo únicamente al contenido<sup>4</sup>, pueden formularse, frente a esta interpretación del poema como *documento* —como una más o menos complicada *relación de noticias* que responden a hechos reales—, dos serias objeciones: por un lado, la irreconciliable disparidad de las localizaciones geográficas propuestas por los diferentes autores para los lugares descritos<sup>5</sup>; por otro, el choque frontal que se produce en no pocas ocasiones entre lo que leemos en el poema y los datos ofrecidos por la arqueología y la propia investigación histórica, ello incluso en lo referente a motivos geográficos cuya localización no ha suscitado polémica alguna.

Un ejemplo claro del valor histórico que se ha querido atribuir a las informaciones ofrecidas por Avieno lo constituyen las citas de pueblos, de entre los que destaca como paradigma el caso de los iberos.

Llama la atención sobre todo la cita en la que Avieno menciona la que, según la terminología de los defensores de la teoría tradicional, se denomina «Iberia occidental», que coincide con la actual zona de Huelva (vv. 241-255)<sup>6</sup>.

---

semejanza con Hecateo y el hecho de *presentarnos una España sumamente remota*. Este país es designado con los nombres *antiquísimos* de Oestrimnis y Ofiusa, y se hace mención de muchas ciudades desconocidas en absoluto a los autores más posteriores y asimismo de ríos designados con nombres muy antiguos [...]. *El autor de Periplo es pues el más antiguo entre todos los geógrafos griegos que se nos han conservado, ya que es anterior a Hecateo siendo el Periplo al mismo tiempo uno de los primeros libros griegos escritos en prosa*» (cf. pp. 16 y 33-35, el subrayado es nuestro).

<sup>4</sup> Sobre las objeciones de tipo formal cf. GONZÁLEZ PONCE, op. cit. en n. 1, pp. 95-113.

<sup>5</sup> Al dar crédito a las informaciones contenidas en el poema, la crítica en general ha derrochado su esfuerzo principalmente en el intento de localizar sobre el mapa todos y cada uno de los enclaves que aparecen citados en *Ora Marítima*, esgrimiendo para tal propósito un sinfín de razones, a veces difícilmente defendibles. Todo ello causa en el estudioso moderno la impresión de estar perdido en un laberinto sin salida, de ser víctima impotente en el seno de todo un conglomerado de opiniones enfrentadas, que la mayoría de las veces ni siquiera permiten comparación por estar fundadas sobre criterios completamente independientes, y que casi siempre descansan sobre argumentos tan ficticios y poco operativos que nos dan una idea de la fragilidad e inconsistencia de las mismas.

<sup>6</sup> Iugum inde rursus et sarum infernae deae  
divesque fanum, penetral abstrusi cavi  
adyturnque caecum. Multa propter est palus  
E[*t*] rebea dicta. Quin et Herbi civitas  
245 stetisse fertur his locis prisca die,  
quae pr<o>eliorum absumpta <tem>pestatibus  
famam atque nomen sola liquit caespiti.  
At Hiberus inde manat amnis et locos  
fecundat unda. Plurimi ex ipso ferunt  
250 dictos Hiberos, non ab illo flumine  
quod inquietos [vo] Vasconas praelabitur.  
Nam quicquid amnem gentis huius adiacet  
occiduum ad axem, Hiberiam cognominant.  
Pars porro eoa continet Tartesios  
255 et Cilbiconos.

Mientras Schulten ve en estos versos el reflejo histórico de la emigración de las primeras tribus iberas venidas de África, justificando así que el poeta denomine también «Ibero» al río Tinto<sup>7</sup>, otros autores ponen serias objeciones a la existencia real de esta Iberia occidental. Así, A. Berthelot<sup>8</sup> considera estos versos como un simple error del poeta-anticuario, que no habría sabido interpretar correctamente a sus modelos. C. Pemán<sup>9</sup> intenta justificar esta noticia por interpolaciones eruditas. Según él, la explicación puede radicar en una corrupción de los nombres: tal vez la ciudad y el río se llamaron *Erebus* (de *Erebea*), cambiándose la denominación del último por metátesis a *Iberus*. Apunta además que no podemos perder de vista el origen mitológico de todos estos nombres. La explicación de J. A. Domínguez Monedero<sup>10</sup> se basa en atribuir al término «Iberia» e «Ibero» únicamente valor geográfico: de este modo el nombre de Iberia habría sido dado por los griegos originariamente a esta región, que a su vez sería el primer punto de contacto entre ambas culturas. Esta denominación estaría justificada además por compartir la región a que nos referimos una serie de afinidades con la Iberia pónica, en su mayor parte de carácter anecdótico y mitológico (ambas regiones son escenario de los trabajos de Heracles y ambas son lugares extremos de gran riqueza metalífera). Sólo luego, cuando el conocimiento de la Península por los griegos iba aumentando, el término se amplió a todo el territorio. Coincide con esta opinión A. Blanco Freijeiro<sup>11</sup>. A. Tovar<sup>12</sup> (que en un tiempo fue también partidario de la idea anterior<sup>13</sup>) justifica aquí la denominación de «ibero» por la extensión de la cultura tartésica hasta Levante. Tampoco P. Villalba i Varneda<sup>14</sup> acepta la existencia de una Iberia entre los Cinetas y los Tartesios<sup>15</sup>.

<sup>7</sup> Cf. SCHULTEN, op. cit. en n. 3, p. 111. Tal opinión estigmatizó los estudios tradicionales sobre nuestra protohistoria, y fue aceptada sin más por un sinfín de autores a lo largo de la presente centuria.

<sup>8</sup> Cf. BERTHELOT, A., *Festus Avienus. Ora maritima* (París, 1934), pp. 77-78.

<sup>9</sup> Cf. PEMÁN, C., *El pasaje tartésico de Avieno a la luz de las últimas investigaciones* (Madrid, 1941), pp. 41-43.

<sup>10</sup> Cf. DOMÍNGUEZ MONEDERO, J. A. «Los términos «Iberia» e «iberos» en las fuentes greco-latinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación», *Lucentum* 2 (1983), pp. 203-224.

<sup>11</sup> Cf. BLANCO FREJEIRO, A. «Los primeros españoles», *Historias del Viejo Mundo*, núm. 1 (Madrid, 1988), p. 68.

<sup>12</sup> Cf. TOVAR, A., «Lenguas y pueblos de la antigua Hispania: lo que sabemos de nuestros antepasados protohistóricos», *Studia Paleohispanica. Actas del IV coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Vitoria, 1987), pp. 15-34.

<sup>13</sup> Cf. TOVAR, «Estado actual de los estudios ibéricos», *Homenaje a Domingo Fletcher Valls* (Valencia, 1984), pp. 45-64.

<sup>14</sup> Cf. VILLALBA I VARNEDA, P., *Ruf Fest Aviè, Periple [Ora maritima]* (Barcelona, 1986), p. 84, n. 76.

<sup>15</sup> En este sentido resultan harto elocuentes las palabras de FERNÁNDEZ JURADO, J. «El poblamiento ibérico en Huelva», en RUÍZ, A. y MOLINOS, M. (eds.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico* (Jaén 1987), pp. 315-326: «Hablar hoy de iberismo, de lo ibérico,

Igualmente han sido discutidas por la crítica moderna otras noticias sobre los iberos referidas por Avieno, como la que alude al límite entre éstos y los tartesios, cuando en vv. 460-466 se describe el territorio del último pueblo que habita en la zona de influencia tartesia: los gimnetas<sup>16</sup>. Mientras Schulten<sup>17</sup> expone que el límite entre iberos y tartesios mencionado en vv. 462-463 debió de estar concretamente en el río Sicano, algo más al norte del cabo La Nao (que el poema no menciona) y por tanto del tramo que en estos versos se describe<sup>18</sup>, los datos que ofrece Avieno en estos versos son puestos en duda por Tovar<sup>19</sup>, según el cual la zona del cabo La Nao no pudo constituir realmente un límite entre ambos pueblos, dado que toda la fachada desde Porcuna hasta Ensérune es, en su opinión, escenario de un mismo pueblo, el ibérico, con sus variedades regionales. Intenta justificar esta anomalía argumentando que el autor del *periplo* se habría limitado a ver sólo la costa, donde al sur de La Nao era evidente la influencia fenicia y griega y al norte predominaba lo estrictamente indígena, pero no se habría percatado de que por el interior esta distinción no existía. Con él coincide Blanco Freijeiro<sup>20</sup>, quien subraya que el Júcar no pudo constituir una frontera lingüística.

---

es hacerlo de una cultura concreta y de unos condicionantes socioeconómicos igualmente definidos e inmersos en un marco cronológico [...]. Y si el arqueólogo ha de moverse en esta línea investigadora, es evidente que no podrá estudiar, al menos hoy, la cultura ibérica en el ámbito geográfico onubense, ya que [...] hablar entonces de iberismo en Huelva es hacerlo, hasta cierto punto, de una entelequia. Y lo es, porque el mundo ibérico tuvo en su génesis un gran influjo fenicio y fundamentalmente griego que, actuando sobre poblaciones autóctonas, dieron lugar a la cultura ibérica. Sin embargo, no es exactamente esto lo que ocurre en Huelva, donde el proceso es, hasta cierto punto, contrario al descrito. En la zona onubense, donde se había desarrollado ampliamente la cultura tartésica, que había recibido la influencia fenicia y había estado en contacto con el mundo griego se pasa ahora a una situación de crisis y decaimiento de alta cultura, que en todos los aspectos existía, a otra que languidece y que desde el punto de vista económico subsiste» (p. 315). «En definitiva, y a modo de conclusiones, que más podemos considerar prólogo hasta tanto los estudios iniciados lleguen a su fin, podemos decir que no existió una cultura ibérica propiamente dicha en el ámbito onubense» (p. 325).

<sup>16</sup> 460 ..Rursus hinc se lit[toris]  
fundunt harenae et lit[t]us hoc tres insulae  
cinxere late. Hic terminus quondam stetit  
Tartesium, hic Herna civitas fuit.  
Gymnetes istos gens locos insederant.

465 Nunc destitutus et diu incolis carens  
sibi sonorus Alebus annis effluit.

<sup>17</sup> Cf. SCHULTEN, op. cit. en n. 3, p. 131.

<sup>18</sup> De ser ello así el *hic* del v. 463 parece no estar justificado geográficamente. Sin embargo esto puede tener una explicación escenográfica, ya que con este adverbio el poeta no se está refiriendo a ningún punto geográfico concreto, sino a todo el tramo delimitado en general, indicando que con él se pone fin a la descripción de los territorios bajo influencia tartésica. Sobre la técnica descriptiva escenográfica empleada por Avieno cf. GONZÁLEZ PONCE, op. cit. en n. 1, pp. 107-108 y 126-188.

<sup>19</sup> Cf. TOVAR, «Estado actual...» (en n.13).

<sup>20</sup> Cf. BLANCO FREJEIRO, op. cit. en n. 11, *ibídem*.

Se evidencia el mismo desajuste entre Avieno y la realidad histórica cuando, al describir a los pueblos que habitan el interior correspondiente al tramo costero antes delimitado (comarca del Ampurdán y extremos orientales de los Pirineos), alude a la división etnográfica interna del pueblo ibero, destacando la unión bajo este nombre genérico de ceretas y ausoceretas (vv. 548-552)<sup>21</sup>. Los datos ofrecidos aquí por Avieno no son precisos: según P. Bosch Gimpera<sup>22</sup>, la obra no aclara dónde debe buscarse exactamente el límite entre los iberos propiamente dichos y los territorios dominados. Únicamente podemos deducir que estas tribus, que parecen sólo dominadas, se encuentran con seguridad desde poco antes del cabo Celebántico (para él Bagur). Por otro lado, como apunta M. Almagro<sup>23</sup>, el que Avieno denomine aquí «íberos» a unos pueblos que pertenecían a otra filiación étnica revela que para el poeta latino este apelativo tiene tan sólo un valor geográfico y generalizador<sup>24</sup>.

Ante el desconcierto que produce en el investigador moderno la realidad que acabamos de evidenciar, nosotros proponemos una nueva manera de enfocar el estudio del poema. En él partimos siempre de una premisa que a nuestro entender no se debe dejar de tener en cuenta: que *Ora marítima* es, ante todo, y principalmente, una *obra literaria*, un *poema*, y que como tal responde a una serie de categorías que le son propias, como el estilo y el gusto de su autor, las tendencias predominantes de la época en que fue compuesto, etc.

Todo ello nos invita a poner en parangón el contenido arcaizante de la obra que comentamos con las corrientes estéticas de la literatura de la baja antigüedad, a las que nuestro autor, como poeta del siglo IV, no es ajeno. Es posible proponer entonces una explicación de los hechos radicalmente diferente.

- <sup>21</sup> Haec propter undas atque salsa sunt freta,  
at quicquid agri cedit alto a gurgite,  
550 Ceretes omne et Ausoceretes prius  
habuere duri, nunc pari sub nomine  
gens est Hiberum.

Sobre la localización de estos pueblos cf. SCHULTEN, op. cit. en n. 3, p. 138 y BERTHELOT, op. cit. en n. 8, p. 111. Bibliografía más reciente se encuentra en RIBEIRO FERREIRA, J., *Ora marítima. Avieno* (Coimbra, 1985), p. 64, n. 100 y VILLALBA i VARNEDA, op. cit. en n. 14, p. 101, n. 178.

<sup>22</sup> Cf. BOSCH GIMPERA, P., *Problemes d'història antiga i d'arqueologia tarragonina* (Tarragona, 1925), p. 11.

<sup>23</sup> Cf. ALMAGRO, M., *Las fuentes escritas referentes a Ampurias* (Barcelona, 1951), pp. 20-28.

<sup>24</sup> Sobre la filiación étnica de estos pueblos cf. RIBEIRO FERREIRA, op. cit. en n. 21, p. 64, n. 101, y VILLALBA i VARNEDA op. cit. en n. 14, p. 101, n. 178.

La cuestión empieza a cobrar una nueva luz desde el momento en que se tiene en cuenta que el llamado renacimiento constantino-teodosiano estaba caracterizado por la tónica general de la *renovatio Imperii*, lo que implicaba sobre todo una vuelta a las fuentes clásicas. Como apunta J. L. Charlet<sup>25</sup>, según este neoclasicismo ideológico, Augusto aparece como un segundo Rómulo igual que el emperador cristiano aparece como el fundador de una Roma regenerada<sup>26</sup>. Repitiendo sus propias palabras, «los poetas del siglo IV no vieron en Virgilio sólo una fuente de expresiones, imágenes y temas hermosos, sino sobre todo una poderosa expresión del destino de Roma, que fue especialmente relevante en una época en la que el imperio cristiano se esforzaba por restaurar su grandeza». En términos semejantes se expresa L. Cracco Ruggini al exponer que tanto Símaco como los *gentiles antiquarii* de las postrimerías del siglo IV pretendían la renovación a través del pasado, «en búsqueda consciente de una identidad cultural más bien que estilística»<sup>27</sup>.

El culto a lo antiguo arraigó de manera especial en la poderosa aristocracia senatorial pagana del momento, una clase social en la que el respeto a la tradición superaba la barrera meramente artística y se había convertido en una deliberada elección cultural con claras implicaciones en el terreno de lo político y de lo religioso<sup>28</sup>. La formación de sus miembros, entre los cuales se encontraba Avieno<sup>29</sup>, estaba basada en el exhaustivo conocimiento de la literatura nacional. El caso de Símaco, el personaje mejor conocido del grupo, resulta ejemplar a este respecto: según Cracco Ruggini<sup>30</sup>, se observa en él una estrecha y directa familiaridad con las obras de Virgilio, Terencio, Plauto, Lucrecio, Horacio, Estacio, Valerio Máximo, Plinio, Persio y Lucano; y un conocimiento mediado (vía Cicerón) de Nevio, Ennio, Cecilio, Homero y Hesíodo, evidenciando cuál era el canon de lecturas habituales en el joven de buena familia.

En el terreno de lo literario este neoclasicismo ideológico tuvo repercusiones evidentes: una de sus más claras consecuencias puede verse en el

<sup>25</sup> Cf. CHARLET, J.L. «Aesthetic Trends in the Late Latin Poetry (325-410)», *Philologus* 132/1 (1988), p. 77.

<sup>26</sup> Según PASCHOUD, F., *Roma aeterna* (Roma, 1967) y CHRISTIANSEN, P.G., «Claudian and Eternal Rome», *AC* 40 (1971), pp. 670-674, el concepto que Virgilio y Augusto tenían sobre la eternidad de Roma se pone nuevamente de actualidad en el siglo IV, tanto entre paganos (Claudio) como entre cristianos (en opinión de Charlet, la obra *Contra Símaco* de Prudencio debe entenderse en cierto modo como la traducción al latín de la teología política de Eusebio de Cesarea).

<sup>27</sup> Cf. CRACCO RUGGINI, L., «Arcaismo e conservaturismo, innovazione e rinnovamento (IV-V secolo)», *Le trasformazioni della cultura nella tarda antichità* (Roma, 1985), p. 148.

<sup>28</sup> Cf. CRACCO RUGGINI, art. cit. en n. 27, p. 143, donde se ofrece a manera de resumen una serie de ejemplos en los que se puede observar el alcance de esta postura.

<sup>29</sup> Sobre la filiación sociopolítica de Avieno cf. GONZÁLEZ PONCE, op. cit. en n. 1, p. 13.

<sup>30</sup> Cf. CRACCO RUGGINI, art. cit. en n. 27, p. 144.

hecho de que el principio básico que caracterizara la producción literaria del momento fuese precisamente la *imitatio*<sup>31</sup>. De igual manera que ocurre en la arquitectura del momento (el arco triunfal de Constantino es un caso particular), también uno de los rasgos propios de la composición literaria es la reutilización a gran escala de objetos antiguos, dándose lugar, según palabras de Charlet, a «un clasicismo deliberado y explícito»<sup>32</sup>.

Aunque fácilmente explicable, el arcaísmo propio del momento no es un fenómeno localizable en tal o cual autor, en tal o cual escuela o lugar, sino que es una tendencia generalizada, compartida tanto por autores latinos como griegos, cuyos ejemplos se pierden en las postrimerías de la antigüedad. Por tanto, hacer el recuento de los casos en que esta tendencia se pone de manifiesto es siempre un empeño frustrado. No obstante, procederemos a continuación a referir algunos casos concretos que nos sirvan de ejemplo en nuestra argumentación.

Un panorama bastante semejante al que se observa en Avieno puede contemplarse también en Claudiano, cuyo paralelismo con el autor de *Ora maritima* es doblemente revelador por ser ambos poetas y contemporáneos. Como apunta A. Loyen y suscribe Al. Cameron<sup>33</sup>, la práctica totalidad de los pueblos germánicos cuya fidelidad a Estilicón refiere Claudiano habían desaparecido ya mucho antes de la época del poeta: los sicambros y los brúcteros hacía mucho que se unieron en la confederación de los francos; los queruscos habían desaparecido de la historia desde el siglo III; los cimbrios no habían sido nombrados desde que lo hicieran Tácito y Tolomeo; los caucos habían cedido su plaza a los sajones; y los bactranos, de quienes no se hablaba desde hacía un siglo, son por él situados al mismo tiempo en el Rin y en Tracia, discordancia por la cual los historiadores modernos no dan ningún valor real a esta noticia.

<sup>31</sup> Cf. SÁNCHEZ SALOR, E., «La última poesía latino-profana: su ambiente», *Eclás* 25 (1981-1983), pp. 111-162 y CHARLET, art. cit. en n. 25, pp. 75-77.

<sup>32</sup> Virgilio se convierte ahora en el autor escolar por excelencia y sus versos son memorizados por los alumnos como modelo estándar. Una práctica literaria habitual es el centón, composición poética basada exclusivamente en citas virgilianas, un nuevo género practicado tanto por paganos como por cristianos, cuyas normas son establecidas por Ausonio en el prefacio a su *Cento nuptialis*. Igual que el centón, prolifera también la cita métrica: reutilización de un grupo de palabras en la misma posición del verso. A veces la *imitatio* supera la mera repetición de los clásicos y se convierte en *aemulatio* y *retractatio*, en virtud de la cual el poeta tardío rivaliza con sus modelos y procede a una transformación del material tomado de éstos. Como apunta CHARLET, art. cit. en n. 25, p. 76, se observa el empleo de sinónimos; ampliaciones, abreviaciones, cambios del sentido literal en favor de un significado figurado (un elemento de la narración se convierte en simple metáfora), cristianizaciones de términos paganos, etc.

<sup>33</sup> Cf. LOYEN, A. «L'*Albis* chez Claudien et chez Sidoine Apollinaire», *Rel* 11 (1933), p. 208 y CAMERON, AL., *Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius* (Oxford, 1970), pp. 346-348.

Sin duda, se observa en Claudiano una preferencia por los nombres arcaicos en lugar de los contemporáneos, especialmente en lo que se refiere a la cita de pueblos lejanos, cuyo conocimiento de los mismos no debió pasar de los meros tópicos etnográficos. La fuente de información del poeta no ha podido ser otra que los libros. En el caso de los pueblos germanos, como apunta Loyen, es el propio autor quien nos indica la referencia: Tácito. Según esta tendencia no debe extrañarnos que junto a los verdaderos hunos aparezcan en su obra los maságetas de Heródoto y los gelonos de Virgilio<sup>34</sup>.

Pero no sólo encontramos ejemplos de este tipo en los poetas, sino que salpican las páginas de toda una infinidad de autores, proliferando en los historiógrafos de la baja antigüedad y convirtiéndose en característica habitual en Bizancio<sup>35</sup>.

Un hecho que sin duda habla en favor de lo que acabamos de exponer es el siguiente: tanto los historiadores paganos (Amiano Marcelino, Zósimo) como los partidarios del nuevo orden (Malco de Filadelfia, Procopio, Agatias, Teofilacto Simocata) evidencian tal falta de familiaridad con respecto al cristianismo y a los términos cristianos, que al referirse a ellos hacen uso de circunloquios y frases aclaratorias. Según Av. y Al. Cameron<sup>36</sup>, no debe proponerse como explicación de este fenómeno el desconocimiento real de dichos términos por parte de estos autores (insostenible en los cristianos y tampoco cierto en los paganos), sino simplemente la tendencia arcaizante propia de la época: ambos se remontan a los mismos modelos clásicos, en cuyas obras no tenían cabida los términos técnicos propios del cristianismo.

En estos autores la imitación de los modelos clásicos no conoce límites: hay casos tan llamativos como los de Procopio, que comienza su *Historia arcana* con un prefacio retóricamente elaborado en el que el autor introduce

<sup>34</sup> Sin embargo, como apunta Al. CAMERON, op.cit, en n. 33, p. 347, hay excepciones: así, mientras que, con marcado acento arcaista, los africanos de Gildón son descritos como polígamos (siguiendo a Salustio) a pesar de que en su tierra el cristianismo imperaba desde hacía centurias, se observa una actualizada y muy detallada descripción de los hunos cuya fuente, tomada con certeza, debió ser Amiano Marcelino.

<sup>35</sup> Según apunta recientemente CANDAU, J.M., «Providencia y política en los historiadores paganos de la baja antigüedad», en idem GASCÓ, F. y RAMÍREZ DE VERGER, A. (eds.), *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo* (Madrid, 1990), pp. 191-210, haciéndose eco de las aportaciones de M.V. BIBIKOV, «Antike und Bizantinische Geschichtsschreibung (Raum und Zeit als historische Dimensionen. Der historische Held)», *Philologus* 129 (1985), pp. 264-265, en la historiografía profana de la época se observa una estrecha imitación de los grandes historiadores clásicos que cristaliza en el empleo de una lengua arcaizante, con exclusión de términos y expresiones no presentes en sus modelos. Sobre la citada tendencia en los historiadores bizantinos cf. HUNGER, H., «On the Imitation (μίμησις) of Antiquity in Byzantine Literature», *DOP* 23-24 (1969-1970), pp. 15-38 y MANGO, C., «Byzantine Literature as a Distorting Mirror», *Byzantium and its Image* (Londres, 1984), pp. 3-18.

<sup>36</sup> Cf. CAMERON, Av. y Al. «Christianity and Tradition in the Historiography of the Late Empire», *CQ* 11 (1964), pp. 316-328.

citadas de Aristófanes y Homero, incluso allí donde su ataque contra Justiniano y Teodora es más violento, utiliza el mismo vocabulario aristofaneico que se repite en *De Aedificiis*<sup>37</sup>; el de Prisco, que al narrar un tratado de paz entre el rey de Persia y un jefe huno dice que el primero ofendió a éste al darle por esposa a una sirvienta en lugar de su hermana, igual que leemos en Heródoto 3, 1; o el de Ana Comnena 3, 2, 4, que al describir la fascinante belleza de su madre Irene la compara con la cabeza de la Gorgona, que petrificaba a quien la mirase<sup>38</sup>.

Pero es en la mención y descripción de pueblos donde con mayor claridad se advierte esta tendencia: cada nueva horda bárbara que invade el imperio es identificada con una de las tribus descritas por Heródoto o Tácito, o bien estas hordas reciben el nombre genérico de «escitas». Al mismo término se reducen en los historiadores bizantinos los nombres de todos los pueblos vecinos (húngaros, rusos, pechenegos, etc.)<sup>39</sup>: esta es la tendencia habitual en León Diácono y en Agatías. Procopio, que imita fiel e intencionadamente a Heródoto al describir a los escitas o a los egipcios y su descripción de las prácticas religiosas en Roma es idéntica a la que hace Heródoto de Sición, habla de Atila y de los hunos como «Ἀττίλαν... στρατῷ μεγάλῳ Μασσαγετῶν τε καὶ ἄλλων Σκυθῶν» (3, 4, 24). Los go-

<sup>37</sup> Cf. CAMERON, AV., *Procopius and the Sixth Century* (Londres, 1985), pp. 34-38. Según indica esta autora, «la obra de Procopio pone de manifiesto una imitación clásica en varios niveles: desde el puramente lingüístico (uso de un griego clásico muy alejado del habla de su propia época, con anacronismos tales como el modo optativo, el dual, y en general un lenguaje ático arcaizante), a la incorporación de incidentes y eventos tomados de obras clásicas, y la más profunda influencia en su obra de toda una concepción formal que no sólo comprende selección y arreglo, sino también la postura del propio historiador ante su materia» (p. 36). Su clasicismo, por tanto, trasciende la superficial adopción del vocabulario y la fraseología de Tucídides: no es posible hacer distinción entre el propio pensamiento y la expresión del autor; «sólo en contadas ocasiones elige conscientemente escribir según el estilo clásico, éste forma parte de él y de su concepción de la Historia, que difícilmente habría podido escribir de otra manera. Así, la comprensión del clasicismo de Procopio no se limita simplemente a descubrir una capa externa: el fenómeno va mucho más allá, hasta el corazón de su obra» (p. 34). En ocasiones, muchas de las frases individuales tomadas de Tucídides y Heródoto (que el autor ha debido encontrar en léxicos al uso) carecen de importancia en sí mismas y tienen como única finalidad conferir un sabor rancio a la obra (p. 38).

<sup>38</sup> Sobre los dos últimos casos cf. BRAVO, A. «La poesía griega en Bizancio: su recepción y conservación», *FilRom* 6 (1989), pp. 288-289.

<sup>39</sup> Sobre este punto cf. BRAVO, art. cit. en n. 38, p. 287, donde recoge citas de BASILICOPULOS-IOANNIDIS, A., *Η ἀναγέννησις τῶν γραμμάτων κατὰ τὸν β' αἰῶνα εἰς τὸ βυζάντιον καὶ ὁ «Ὀμηγος»* (Atenas, 1971-1972), pp. 85-86 y ΤΑΡΚΟΒΑ-ΖΑΙΜΟΒΑ, V., «Quelques remarques sur les noms ethniques chez les auteurs byzantins», *Byzance et les Balkans à partir du VII<sup>e</sup> siècle. Les mouvements ethniques et les États* (Londres, 1979). «Peo no sólo los nombres étnicos, sino también la terminología sociopolítica de la antigüedad aparece en la historiografía bizantina» añade Bravo recogiendo una cita de ВУБКОВ, М. В., «Problems of Medieval historical Approach (Based on Materials of Byzantine Historiography)», *MaSt* 1 (1983), p. 9.

dos son generalmente identificados con los antiguos getas, desaparecidos desde hacía mucho tiempo<sup>40</sup>.

Un último ejemplo resulta, a pesar del evidente distanciamiento cronológico, bastante ilustrativo, y su paralelismo con lo que leemos en Avieno es indudable: al especificar los contingentes que formaban parte de las fuerzas de Bohemundo, Ana Comnena se expresa de la siguiente forma:

Πρώτα μὲν ἔλθοιτο τὴν παραλίαν ἅπασαν ἀμύθητον στρατεύματα ἐπαγόμενος φραγγικόν τε καὶ κελτικόν καὶ ὅσοι ἀπὸ τῆς θούλης νήσου στρατεύονται Ῥωμαίοις τότε δὴ αὐτῷ προσχωρήσαντες διὰ τὴν τοῦ καιροῦ δυναστείαν καὶ δὴ καὶ πλείους τοῦ γερμανικοῦ γένους καὶ ἀπὸ τῶν Κελτιβήρων (12, 9, 2).

(En primer lugar, asoló toda la costa al frente de un innumerable ejército compuesto de francos, celtas, de cuantos hombres originarios de la isla de Tule pertenecían a las tropas romanas, que se habían pasado a él en aquella ocasión por la fuerza de las circunstancias, y en especial muchos hombres de raza germánica y procedentes de los celtiberos<sup>41</sup>.)

Según esta tendencia, no debe extrañarnos que en el citado texto, cuajado de alusiones arcaicas (según E. Díaz Rolando se llama «soldados de la isla de Tule» a los escandinavos de la Guardia Varega), se hable de soldados celtiberos en pleno siglo XII, cuando en su lugar se debería haber nombrado a los catalanes. Según apunta el propio Díaz Rolando, los normandos de Roberto y los francos cruzados reciben a veces en la obra de Ana Comnena las anacrónicas denominaciones de celtas o latinos, igual que los pechenegos y cumanos son llamados escitas o sármatas.

De acuerdo con lo que acabamos de decir, la literatura tardo-antigua debe ser entendida como el depurado producto de un laborioso proceso de *mimesis* que encuentra justificación en el seno del propio sistema educacional del imperio Romano<sup>42</sup>: éste se basaba esencialmente en el estudio retrospectivo y en la reutilización de los cánones fijados por los clásicos y en un férreo aleccionamiento retórico que en el caso de la literatura da como resultado una gran dificultad a la hora de distinguir qué porcentaje se debe a la *estilización* y cuál a la realidad en el desarrollo de un tema poético, cuestión que sólo puede ser solventada mediante una pragmática y multidisciplinaria aproximación. Las palabras de Charlet sirven de síntesis a lo que acabamos de decir: «la lección es metodológicamente importante: *todo aquel que quiera utilizar a un poeta latino tardío como fuente histórica debe*

<sup>40</sup> Cf. CAMERON, Av. y Al., art. cit. en n. 36, pp. 317 y 321.

<sup>41</sup> Traducción de E. Díaz Rolando, «Notas sobre las alusiones a la península Ibérica en la *Alexiada* de Ana Comnena», *Erytheia* 10/2 (1989), n. 31.

<sup>42</sup> Cf. CAMERON, Av. y Al., op. cit. en n. 37, p. 33.

*disponer de un buen conocimiento retórico y literario de la poesía de la época»*<sup>43</sup>.

Como apunta Cracco Ruggini, el propósito perseguido mediante el arcaísmo no era sino la búsqueda del deleite mediante la policromía de combinaciones inusuales que provocasen al lector distraído y le obligaran a *decodificar*. El texto se convertía de este modo en *código cifrado*, en un «sistema de signos que confería prestigio a sus usuarios, calificándolos como personajes dotados de una cultura que era ahora asignación de pocos, dignos como tales de dominar los lugares más altos de la política»<sup>44</sup>.

En virtud de esta tendencia, de esta *literary affectation*, de este *ἀρχαϊσμός* entendido como *stylistic device*<sup>45</sup>, la obra literaria de la antigüedad tardía entraña una especie de cortina o de barrera externa que impide la comunicación directa entre autor y público y que genera un distanciamiento del mundo cotidiano que, en autores como Procopio, llega a ser in cuestionable<sup>46</sup>. Este aislamiento de la realidad impera como tónica general en la literatura bizantina. Según C. Mango, la obra literaria de esta época actuó como un *espejo distorsionador*, divorciada de las realidades de su tiempo y anclada en un pasado ideal, con carencia casi absoluta de información sobre el presente<sup>47</sup>. Este mismo fenómeno es llamado por A. Kazhdan *desconcretización*, es decir, omisión o falsificación de los datos reales y reducción de la pluralidad viva del presente a la unidad fosilizada del pasado<sup>48</sup>, como ocurre con la denominación de los pueblos a que nos referimos antes. Todo ello, como apunta A. Bravo, junto con los clisés y la imitación de escenas y de motivos tomados de los autores clásicos, coloca la descripción de una realidad concreta *sub specie aeternitatis*, de tal manera que, junto con H. Hunger<sup>49</sup>, podemos afirmar que detrás de cada literato bizantino hay siempre un filólogo.

<sup>43</sup> Cf. CHARLET, art. cit. en n. 25, p. 75. Como ejemplos concretos cita el autor el caso de Prudencio, *C. Symm.* 1, cuya descripción de los monumentos de Roma no puede ser tomada al pie de la letra, ya que en ella juega un papel muy importante la ficción literaria. Igualmente, en la obra de Claudiano no hay medio de distinguir los hechos históricos del ornamento literario o de su presentación políticamente orientada.

<sup>44</sup> Y añade la autora: «el significado histórico de esta técnica de escritura sofisticada, excesivamente docta, residía por tanto en su valor político y característico [...] el *otium literarum* consagrado a *libris veterum rumiandis* era en realidad vivido como actividad complementaria y cualitativamente del todo afín a aquella de los *publica negotia* (Simaco, *Epist.* 1, 53)» (cf. CRACCO RUGGINI, art. cit. en n. 27, p. 144).

<sup>45</sup> Cf. CAMERON, Av. y Al., art. cit. en n. 36, pp. 318 y 320.

<sup>46</sup> Cf. CAMERON, Av. y Al., op. cit. en n. 37, pp. 33-34.

<sup>47</sup> Cf. MANGO, art. cit. en n. 35, pp. 6 y 16, ap. BRAVO, art. cit. en n. 38, p. 287.

<sup>48</sup> Cf. KAZHDAN, A., *Bisanzio e la sua civiltà* (Roma-Bari, 1983) p. 141, ap. BRAVO, art. cit. en n. 38, pp. 287-288, donde se ofrece amplia bibliografía sobre la cuestión.

<sup>49</sup> Cf. HUNGER, art. cit. en n. 35, pp. 17-37, ap. BRAVO, art. cit. en n. 38, p. 288.

Las conclusiones a que acabamos de llegar con respecto a la literatura tardo-imperial no han sido tenidas en cuenta por los defensores del *Periplo* base. Sin embargo, sus implicaciones directas en el tema que nos ocupa (la cita de los iberos en el poema) son, a todas luces, evidentes.

La cuestión, por tanto, se simplifica si entendemos sólo como un hecho de estilo la mención de «iberos» en lugar de «hispanos»: como afirma Domínguez Monedero<sup>50</sup>, aunque en época imperial el término «Hispania» se impone de manera oficial con valor geográfico incluso en los autores griegos, hay una serie de autores latinos que siguen empleando con igual valor los términos griegos «Iberia» e «iberos», la mayoría poetas o rétores y muchos contemporáneos de Avieno<sup>51</sup>. Su cita, tanto por parte de estos autores como por parte de Avieno, sólo se justifica desde el punto de vista literario, lo que se corrobora en nuestro poeta por el hecho de que en toda su obra sólo emplea «hispano» en dos ocasiones, frente a las quince veces que menciona «Iberia = ibero»<sup>52</sup>.

De la igual manera, Avieno se limita a reflejar en su obra el mismo estado de cosas que leemos en autores precedentes al citar otros pueblos antiguos: en lugar de reflejar la realidad histórica de su propia época, que ofrece un panorama muy diferente, opta el poeta por presentar el *statu quo* vigente en tiempos remotos, al que sólo ha tenido acceso por un conocimiento libresco.

Así, cita Avieno a los ligures (vv. 132, 135, 613 y 628), a quienes considera extendidos por todo el Occidente (Hispania, Galia y Germania septentrional), incluidos territorios tan alejados de su enclave histórico como el norte de Europa y la fachada atlántica de nuestra península, en consonancia con lo que leemos en Estrabón 7, 3, 7 (donde el geógrafo de Amasia recoge una cita de Hesíodo<sup>53</sup>) y en Ps.-Escílax § 3, en cuya opinión iberos y ligu-

<sup>50</sup> Cf. DOMÍNGUEZ MONEDERO, art. cit. en n. 10, pp. 203-204.

<sup>51</sup> A saber: Varrón, Catulo, Virgilio, Ovidio, Verrio Flaco, Lucano, Columela, Valerio Flaco, Silio Itálico, Plinio, Estacio, Marcial, Frontón, Apuleyo, CIL 2, 2660, Pomponio Porfirio, Mamertino, Amiano Marcelino, Ausonio, Servio, Jerónimo, Claudiano, Merobaudes, Sidorio Apolinar e Isidoro.

<sup>52</sup> Frente a *Hispanus* (*Orb. Terr.* v. 479) e *Hispano* (*Ora* v. 344), emplea la denominación arcaica en los siguientes pasajes: *Hiberia* (*Carm. ad Flav.* v. 10), *Hiberiam* (*Ora* v. 253), *Hibericus* (*Orb. Terr.* v. 103), *Hiberica* (*Orb. Terr.* v. 111), *Hibericis* (*Ora* v. 480), *Hiberus* (*Orb. Terr.* vv. 734 y 882), *Hiberi* (*Ora* v. 472), *Hibera* (*Ora* v. 613), *Hiberum* (*Orb. Terr.* v. 479, *Ora* v. 552), *Hiberos* (*Orb. Terr.* vv. 415, 474, 651, *Ora* v. 250). A ello hay que añadir las citas del río Ibero: *Hibericus* (*Ora* v. 248) e *Hibero* (*Ora* v. 503).

<sup>53</sup> HESÍODO, Th., frag. 55: «Αἰθιοπίας τε ἰδὲ Σκύθας ἱππομόλγους». Hay que tener en cuenta, sin embargo, que según opinión de DE HOZ, J., «Notas sobre las fuentes para la historia antigua de Hispania», *Habis* 2 (1971), pp. 137-141, en este fragmento de Hesíodo debe leerse «Αἰβυς» en lugar de «Αἰγυς», como se deduce de *Pap. Oxy.* 1358. De acuerdo con ello la interpretación del texto cambia radicalmente.

res vivían juntos entre los Pirineos y el Ródano<sup>54</sup>. Estos datos sirvieron de base a Schulten para elaborar una compleja teoría sobre el asentamiento del citado pueblo, dando por válidas todas las noticias ofrecidas por el poema<sup>55</sup>. Como en el caso de los iberos, también aquí evidencia la finalidad exclusivamente estilística de la cita de este pueblo el hecho de que la opinión de Schulten fuese rebatida por una larga lista de estudiosos posteriores, entre los que destaca Berthelot<sup>56</sup>.

Una interpretación de este tipo es la que debe hacerse respecto a la cita de los celtas en la obra. En v. 133 los sitúa Avieno en el Mar del Norte, a donde habrían llegado, según él, procedentes de islas lejanas (Escandinavia en opinión de Schulten), en marcado paralelismo con una noticia de Posidonio transmitida a través de Timágenes y recogida también por Amiano Marcelino 15, 9, 4<sup>57</sup>. En v. 196 cita el poeta a los lusos (*perinx Lucis*)<sup>58</sup>, coincidiendo con Plinio, *Nat.* 3, 4, 1 y 10, que se refiere al *conventus Lucensis* como una de las divisiones administrativas de la Hispania citerior. A la dependencia clara con respecto a los citados modelos se suman las objeciones históricas formuladas por varios autores contra estas noticias: L. Siret y Tovar ponen en duda la autenticidad de la cita de los celtas en v. 133<sup>59</sup>, de igual modo que la pertenencia al pretendido núcleo originario de la mención de los galos en v. 638 es negada por Tovar debido a la incongruencia que dicha información supone con respecto a la realidad his-

<sup>54</sup> Por referencia a los ligures cita Avieno el lago Ligustino (vv. 284 y 291) coincidiendo con Estaban de Bizancio, s. v. *Λιγυστίνη*, que sitúa una ciudad de este nombre en la desembocadura del Guadalquivir.

<sup>55</sup> Cf. SCHULTEN, op. cit. en n. 3, pp. 35-37.

<sup>56</sup> Cf. BERTHELOT, op. cit. en n. 8, pp. 47, 56, 58-63, 69-70, 72, 85-86, 103, 105, 108, 123-125, 128 y 134-135 y «Les Ligures I-II», *RA* (1933), pp. 72-120 y 245-303. Igualmente niegan la veracidad de la presencia ligur en el norte europeo SIRET, L. «Les premiers Celtes en Espagne», *ACFABA* 1 (1934), pp. 85-103 y TOVAR, «El nombre de los celtas en España», *Homenaje a García y Bellido* (Madrid, 1977), pp. 163-178 (sobre los argumentos y opiniones de ambos autores cf. GONZÁLEZ PONCE, op. cit. en n. 1, p. 144, n. 17). Asimismo niegan la presencia ligur en el suroeste peninsular (desembocadura del Guadalquivir y lago Ligustino) PEMÁN, op. cit. en n. 9, pp. 54-56 y ALMAGRO, M., «Ligures en España», *RSL* 15 (1949), pp. 195-208 (sobre sus argumentos y opiniones pueden cf. GONZÁLEZ PONCE, op. cit. en n. 1, p. 160, n. 59). Otros autores que no dan crédito a las informaciones de Avieno son FOUCHÉ, P., «Les ligures en Espagne et en Roussillon», *RHisp.* (1933); GRENIER, A., «Problèmes de protohistoire ibéro-ligure», *RSL* 15 (1949), pp. 238-242; LAMBOGLIA, N., «Prata Liguria», *RSL* 25 (1959), pp. 5-22; y DE HOZ, art. cit. en n. 53 (cf. lo dicho allí sobre este artículo).

<sup>57</sup> Según SCHULTEN, op. cit. en n. 3, p. 98, un resto de los celtas del Mar del Norte serían los *Lemovii* que cita Tácito, *Germ.* 44.

<sup>58</sup> Sobre la cuestión textual cf. GONZÁLEZ PONCE, op. cit. en n. 1, p. 98, n. 7.

<sup>59</sup> Cf. SIRET, art. cit. en n. 56 y TOVAR, «El nombre...» (en n. 56). Sobre los argumentos y opiniones de ambos autores, cf. GONZÁLEZ PONCE, op. cit. en n. 1, p. 144, n. 17.

tórica<sup>60</sup>. Tales juicios hacen nulos los esfuerzos de Schulten por conceder veracidad a estas noticias<sup>61</sup>.

Además de iberos, ligures y celtas, menciona Avieno con idéntica intención estética otros étnicos antiguados: así, la cita de los cempsos (vv. 195, 200, 257 y 301) remite a Dionisio el Periegeta v. 383; la de los cinetas (vv. 201, 205, 223 y 566) a Heródoto 2, 33 y 4, 49<sup>62</sup>; la de los indigetias (vv. 523 y 532) a Salustio, *Epist. Pomp.* 5, Estrabón 3, 4, 8, Plinio, *Nat.* 4, 4 y *MLI* 234 (recogida por Esteban de Bizancio, s. v. *Ἰνδιχί*); la cita de los sordos (vv. 552, 558 y 568) remite a Mela 2, 6, 73 y Plinio, *Nat.* 3, 4, 7 y 5, 1<sup>63</sup>; la de los elésicos (v. 586) a Hecateo (Esteban de Bizancio, s. v. *Ἐλίονκοι*) y a Heródoto 7, 165; la de los tilangios (v. 674) a César, *Gall.* 1, 5, 4; y la de los salios a Estrabón, 4, 6, 3, Plinio, *Nat.* 3, 5, 6 y 7, 1 y Livio 5, 34, 7. La misma finalidad tendrían las citas en el poema de fenicios (vv. 440 y 459) y cartagineses (vv. 114, 311 y 376)<sup>64</sup>.

La tendencia estilística que venimos comentando se pone de manifiesto, si cabe, aún mejor, cuando Avieno elige el nombre de más rancio sabor frente a otro u otros transmitidos por autores más próximos a su propia época; es decir, cuando prefiere la denominación arcaica en lugar de la que debería ser habitual en su época, o cuanto menos más acorde con la realidad. Se cita así a los estrimnios (v. 155), en lugar de ostimios (Estrabón 1, 4, 3 y 5, y 4, 4, 1, *ὠστίμιοι*, recogiendo una cita de Piteas), de ostiones (Artemidoro, en Esteban de Bizancio s. v. *Ἰστίωνες*), o de osimios (César, *Gall.* 2, 34 y Tolomeo 3, 2, 63)<sup>65</sup>. Lo mismo puede decirse de la cita de los

<sup>60</sup> Cf. TOVAR, «El nombre...» (en n. 56). Sobre los argumentos y opiniones del citado autor cf. GONZÁLEZ PONCE, op. cit. en n. 1, p. 196, n. 211.

<sup>61</sup> Cf. SCHULTEN, op. cit. en n. 3, pp. 35-36 y 145-146.

<sup>62</sup> Ello lleva al autor a llamar con el mismo nombre, Cinético, al litoral del actual Rosellón (v. 566). Mientras que SCHULTEN, op. cit. en n. 3, p. 140, ve en esta denominación una noticia realmente histórica: la presencia en estos lugares de los cinetas, el mismo pueblo que habitaba la zona del cabo de San Vicente, en su opinión un pueblo de etnia ligur, otros autores, como BERTHELOT, op. cit. en n. 8, p. 113, y VILLALABA I VARNEDA, op. cit. en n. 14, p. 102, n. 182, entienden que la cita de tal nombre es difícil de explicar en este lugar, aunque hablen en favor de él los topónimos actuales de Canet y Canigó. Parece arrojar luz sobre esta cuestión HIND, J. «Pyrene and the "Massaliot Sailing Manual"», *RSA* 2 (1972), pp. 39-52, en cuya opinión Avieno habría incurrido en un grave error geográfico influido por su lectura de Heródoto, quien sitúa a los cinetas junto a la ciudad de Pirene y las fuentes del Istro-Danubio. Tenemos aquí una clara prueba de cuáles han sido las preferencias del poeta latino a la hora de componer su obra.

<sup>63</sup> Llama igualmente Sórdica (v. 570) a la actual marisma de Léucate, según leemos en PS.-ARISÍÓTELES, *Mir.* 89; ESTRABÓN 10, 2, 8; MELA 2, 5, 59; y ATENEO 8, 332.

<sup>64</sup> Según LAFUENTE VIDAL, J. «Sobre el poema de Avieno Ora marítima», *EG* 34 (1949), pp. 209-250, todas las noticias referentes a los cartagineses, que coinciden en interpretar el florecimiento de los mismos como algo remoto, aluden a una realidad histórica datable en el siglo IV aC.

<sup>65</sup> La denominación seguida por Avieno ha sufrido una contaminación del término οἰστος = «tábano», y ha sido seguida igualmente por PS.-ESCMINO, v. 194 (*Ἰστος*). Por analogía se

tartesios, (vv. 113, 179, 223, 254, 423, 428 y 463), nombre indígena helinizado de fuerte raigambre literaria, en lugar de turdetanos (Estrabón 3, 2)<sup>66</sup>; de la cita de los masienos (vv. 422 y 450), nombre indígena, en lugar de bas-tetanos (Estrabón 3, 3, 7, y 4, 2)<sup>67</sup>; de la cita de los gimnetas (v. 464) en lugar de contestanos (Plinio, *Nat.* 3, 20)<sup>68</sup>; y de la cita de los ceretas y Ausocere-tas (v. 550) en lugar de cerretanos (Estrabón, 3, 4, 11) o ceretanos (Plinio, *Nat.* 3, 4, 5)<sup>69</sup>. Paralelamente cita a los libifénices (v. 421) en lugar de sus denominaciones posteriores como blastofénices (Apiano, *Hisp.* 56, *βλαστοφοίνικες*), bastulopenos (Tolomeo 2, 4, 6, *βαστούλοι Ποινοί*) o simplemente penos (Agripa, en Plinio, *Nat.* 3, 8 *Poeni*)<sup>70</sup>; y a los beribraces (v. 485) en lugar de bébrices (Ps.-Escimno vv. 200 y 201)<sup>71</sup>.

Descartado el *Periplo* como base única, debemos admitir que Avieno tuvo acceso a toda una variopinta gama de autores que, por mediación de florilegios y antologías, le sirvieron de fuente para las diversas informaciones que conforman el contenido de su obra. Ahora bien, en contra de la opinión tradicional, todo el conjunto de denominaciones arcaicas habla en favor de la contemporaneidad de la obra: deben ser entendidas entonces como anacronismos pretendidos conscientemente por parte del poeta en consonancia con la realidad que lo envuelve y de la que él mismo forma

---

da el mismo nombre a otros motivos geográficos: el cabo Estrimne (v. 91) en lugar del posterior Cabeo (*Κάβαιον* lo llaman ESTRABÓN 1, 4, 5, recogiendo una cita de Piteas, y TOLOMEO 2, 8, 1; en *CIL* 13, p. 490 se llama *Cabaeum*) o Uxisama (ESTRABÓN 1, 4, 5, actual Quessant); el golfo Estrimnico (v. 95) y las islas Estrimnides, según el testimonio de HERÓDOTO 3, 115; ESTRABÓN 2, 5, 15, y 3, 2, 9 y 5, 11; DIODORO 5, 38; y MELA 3, 6, 23 y Estrimnide (v. 154), nombre dado por el autor a la parte noroccidental de la Península.

<sup>66</sup> Por analogía da el mismo nombre al golfo Tartesio (vv. 54 y 265), al monte de los Tartesios (v. 308) y al río Tarteso (vv. 225 y 284) en lugar de Betis. El propio Estrabón comenta ya las equivalencias geo-etnográficas entre la Turdetania y la antigua Tartésida. Sobre las diferentes posturas adoptadas por la crítica en la peliaguda cuestión tartésica puede verse AUBET, M.E. (ed.), *Tartessos, arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (Barcelona, 1989). Se ofrecen resúmenes sobre el tema en VILLALBA i VARNEDA, op. cit. en n. 14, pp. 117-126 y GONZÁLEZ PONCE, *El Periplo griego antiguo. Sobre las posibles fuentes griegas de Ora Marítima de Avieno*, Tesis doctoral (Sevilla, 1991), pp. 72-79.

<sup>67</sup> Por analogía llama también masiena = Masia (v. 452) a la ciudad de este pueblo en lugar de Cartago Nova. La denominación antigua se encuentra también en Hecateo (ESTEBAN DE BIZANCIO, s. v. *Μαστιανοί*), POLIBIO 4, 24, 2 y 33, 9 y TEOPOMPO (*MLI*, 236).

<sup>68</sup> Según el testimonio del propio SCHULTEN, op. cit. en n. 3, p. 131. El nombre antiguo es idéntico al que da a este pueblo DIODORO 5, 17.

<sup>69</sup> El arcaísmo de los nombres empleados por Avieno está garantizado por el testimonio de ESTEBAN DE BIZANCIO, s. v. *βραχύλη* y *Κέρητες*.

<sup>70</sup> Véanse más referencias en DIODORO 17, 113, 2 y 20, 55, 4 y LIVIO 21, 22, 3 y 15, 40, 5. El nombre antiguo citado por AVIENO se encuentra también en HECATEO *FGtHist* 1 F 338 b y 339, HANÓN § 1 y Ps.-ESCIMNO v. 197.

<sup>71</sup> Según apunta BERTHELOT, op. cit. en n. 8, p. 105, el mismo nombre es dado por ESTRABÓN 12, 3, 3 a una ciudad de Asia Menor, que el propio Avieno recoge en *Orb. Terr.*, v. 974: *Bebrycia*.

parte<sup>72</sup>, como preciada mies segada por sus manos en los inagotables sembrados de una tradición que conocía de lleno y de la que sólo nos ha llegado un rosario de vestigios aislados, precisamente los que él y otros como él han decidido transmitir<sup>73</sup>.

Intentar ver en ello una prueba de la antigüedad de sus datos, interpretando el poema como verídico documento histórico, supone, por tanto, pasar por alto toda la serie de presupuestos literarios con que contaban los autores del momento, entre los cuales la tendencia arcaizante como un hecho de estilo es quizás el más notorio.

<sup>72</sup> Bajo este prisma, y no otro, deben ser entendidas las afirmaciones del poeta cuando en la dedicatoria a Probo declara abierta y reiteradamente haber seguido fuentes recónditas: *vetustis paginis* (v. 9), *secretore lectione* (v. 11), *veterum abdita* (v. 17), *secreta rerum* (v. 22), *profunda* (v. 23), *fulcit haec fides/ petita longe et eruta ex auctoribus* (v. 78); cuando reconoce haber seguido autores antiguos (cf. vv. 78-79, 91, 108-109, 192-193, 291-292, 414-415, 427, 429-430, 440, 467-468, 476-477, 493, 498, 507, 585, 591, 682-683 y 690); cuando especifica el origen griego (cf. vv. 262, 323, 435-436, 456-458, 682-682 y 690-691) o indígena (cf. vv. 95, 184, 214, 429, 468, 611 y 645) de sus fuentes; o cuando sólo alude a la antigüedad de las mismas de forma genérica: *frecuens auctoritas* (v. 186), *plurimi* (v. 249) y *plerique* (v. 681).

<sup>73</sup> El arcaísmo no es en Avieno un fenómeno aislado: en el mismo plano que esta tendencia debemos entender otros rasgos del poema no menos reveladores de sus preferencias estilísticas, como la cita de pasajes tomados de autores latinos clásicos (sobre este punto cf. GONZÁLEZ PONCE, op. cit. en n. 1, pp. 202-203). Sobre el lenguaje y el estilo arcaizante de Avieno, cf. J. SOUBIRAN, *Avienus. Les Phénomènes d'Aratos* (París, 1981), pp. 69-75.